

NUEVA POLEMICA SOBRE EL MODERNISMO

Dos libros importantes, y de muy reciente data por cierto, insisten en una nueva interpretación del modernismo. El uno es *La poesía hispanoamericana desde el modernismo*, antología de Eugenio Florit y José Olivio Jiménez; el otro libro, cargado de erudición, es el titulado *Martí, Darío y el modernismo*, escrito por los profesores Ivan A. Schulman y Manuel Pedro González. El primero fue publicado en 1968 por Appleton-Century Crofts, Nueva York. Más recientemente, el de Schulman se publica en Madrid, en 1969, y es la importante Biblioteca Románica, Editorial Gredos, la que se ha encargado de garantizar su circulación internacional y de darle, por tanto, difusión a la nueva interpretación del mencionado libro polémico, pues Schulman, no sólo en esta obra, sino en previos estudios martianos, es el cerebro latente de la nueva interpretación del modernismo.

Muchas veces se ha intentado definir el modernismo como un movimiento literario iniciado por Rubén Darío en 1888, fecha de publicación de su libro *Azul* en Chile, en cuyos rasgos estilísticos iniciales se apoyó el escritor español Juan Valera para revelar ante la crítica hispánica de finales de siglo la existencia de un nuevo quehacer literario en el Nuevo Mundo. Este nuevo mundo moderno de la literatura fue descubierto otra vez por un peninsular con las tres carabelas de sus propias razones: una fecha hasta la cual nada nuevo había «pintado» en el panorama literario hispánico; un libro en prosa y en verso con esmeradas preciosidades expresivas y universalismo temático; un esteta nuevo de Hispanoamérica, con pluma de indio ciertamente, para satisfacer las punzadas unamunianas, pero con manos de marqués, y más que eso, con manos magistralmente creadoras. Valera, pues, desde el punto de vista crítico es el descubridor del modernismo. Más tarde, Rubén Darío publica en Buenos Aires sus *Prosas Profanas*, en 1896, y es entonces cuando el

modernismo se define como un movimiento ecléctico literario de asimilación, abierto a todas las culturas, a todas las corrientes y a todos los artistas superados en el arte de la belleza expresiva. Como todo se define por lo que salta a la vista, esto es, por imperativo de elementos predominantes, el modernismo desde su primera etapa preciosista acusa rasgos que nadie había discutido, y son los que propone Raúl Silva Castro cuando trata de definir el modernismo: «Esmerada elaboración de la forma, refinamiento verbal, capacidad sugeridora, nuevos metros y nuevos ritmos, amor a la elegancia, exotismo del paisaje, guerra al prosaísmo de léxico y de intención, juego de la fantasía, exhibición y complacencia sensual»¹, nuevas metáforas e imágenes y, sobre todo, nuevo lenguaje simbólico. En cuanto al valor melódico de la palabra, fue el propio Darío (acaso basado en la teoría musical del poeta colombiano José Eusebio Caro)² el que descubrió el alma del verbo: «Como cada palabra tiene un alma, hay en cada verso, además de la armonía verbal, una armonía ideal.»

Desde la Torre de Marfil de una crítica bien lograda por las mejores plumas continentales, se había echado al aire conceptos dentro de los cuales se había llegado a un consenso general sobre lo que se entendía por modernismo, lográndose presentar con dos caras: la preciosista, afrancesada y universal, y la novomundana, millonaria de castellanías e iluminada de profundas claridades. Predominaba, desde luego, el concepto del arte por el arte, con su afanosa búsqueda de belleza, con su cisne en alto, su orquestación y su ornamentación expresiva y temática. Se buscaba una literatura superada en la expresión externa y interna, en sus continentes y contenidos. Primaba una consciente voluntad de estilo; otrosí, libertad artística, logros innovadores, originalidad ante todo y magnificencia. Todo indicaba que el modernismo era en realidad un «movimiento de entusiasmo» artístico y no una escuela literaria: de ahí nace la dificultad de su definición concreta. ¿Cómo se puede definir un movimiento de individualidades artísticas, cuando los artistas se resisten a ser conducidos por determinados cánones, y más, cuando fue el primer grito de independencia literaria frente al dictamen paternalista del conquistador caduco?

No es nuestra intención, ni mucho menos, sentar cátedra sobre

¹ RAUL SILVA CASTRO: «¿Es posible definir el modernismo?», en *Cuadernos Americanos*, núm. IV, vol. CXLI, México, 1965, págs. 172-179.

² CARLOS ARTURO CAPARROSO: *Dos ciclos de lírica colombiana*. Ed. Instituto de Caro y Cuervo. Bogotá, 1967, pág. 36.

un tema tan debatido por las más autorizadas plumas de la crítica moderna. Insistir en que el modernismo es un movimiento y no una escuela no contribuye sino a precisar un período importante de la historia literaria, dejando su definición en movimiento para que cada cual se mueva también a interpretarlo a su manera o a elegir la mejor interpretación, salvando naturalmente los rasgos más comunes de originalidad, cosmopolitismo, esteticismo y nuevo espíritu que el movimiento conlleva. Precisamente este es el punto más discutido: «¿Es posible definir el modernismo?» Este intento, planteado así, en forma interrogadora, que sirvió de título para un artículo publicado por el antólogo Raúl Silva Castro en *Cuadernos Americanos*, de México (1965), produjo un posterior artículo polémico del profesor norteamericano Ivan A. Schulman. Dicho artículo, publicado igualmente en *Cuadernos Americanos*³, motivó uno nuevo de respuesta y defensa, firmado por el ya citado crítico chileno Raúl Silva Castro, que se tituló «Reflexiones en torno a la definición del modernismo»⁴. Fue cuando la polémica se puso más al rojo. Tan al rojo, que un grupo de profesores secundó, y sigue secundando, la tesis de Schulman, para negar que el iniciador del modernismo sea Rubén Darío, confirmando a José Martí el papel de iniciador del movimiento. De acuerdo con la tesis de Schulman, basada en previos enfoques hechos por su profesor Pedro Manuel González y otros juicios críticos que él recogió, el modernismo comienza en 1882 con la publicación de *Ismaelillo*⁵, libro en verso de José Martí, y naturalmente las fechas darianas de 1888 y 1916, alfa y omega del movimiento, no tienen tanta importancia para Schulman, como quiera que cambiando el consabido concepto y ampliando más los rasgos modernistas este movimiento sobrepasó, según la «nueva crítica», esas fechas previamente aceptadas, y así el modernismo se extendió hasta 1932. Es entendido, en este caso, que el término posmodernismo ha de ser sustituido por el de «ultramodernismo», de acuerdo con «la organización cronológica que Federico de Onís dio a su *Antología de la poesía española e hispanoamericana*», en que se incluyen como períodos: transición del romanticismo al modernismo (1882-1896) hasta el «ultraismo» (1914-1932).

³ IVAN A. SCHULMAN: «Reflexiones en torno a la definición del modernismo», en *Cuadernos Americanos*, vol. CXLVII. México, julio-agosto, 1966, pág. 211.

⁴ RAUL SILVA CASTRO: «Reflexiones en torno a la definición del modernismo», en *Cuadernos Americanos*, vol. CLIII. México, julio y agosto, 1967, pág. 181.

⁵ IVAN A. SCHULMAN: *Martí, Darío y el modernismo*. Editorial Gredos, S. A. Madrid, 1969, págs. 96 y 97.

Mientras Silva Castro trata de definir el modernismo centrándolo en Darío, los críticos cubanos (profesores en su mayoría residentes en Estados Unidos), haciendo justicia a Martí y visiblemente cargados de fervor patriótico, hacen del precursor un virtual «padre del modernismo». Toda la obra de Schulman y Manuel Pedro González se funda en esta nueva orientación. Y se insiste incluso en que una vez Martí le llamó a Darío «hijo». Y Darío mostró gran admiración por Martí como poeta en *Los raros*. Se ha llegado a decir exageradamente (y lo dijo Osvaldo Bazil, citado por Schulman en su libro, pág. 248) «que sin Martí no hay Darío».

Lo que más quiere enfatizar Schulman en su libro y en todas sus interpretaciones sobre el modernismo es la presencia de Martí a lo largo de la obra de Darío, estableciendo dentro del «binomio» Martí-Darío un sinnúmero de correlaciones y de coincidencias. Hasta el sentimiento americanista y épico procede del entusiasmo martiano. Esa huella de José Martí en Darío tiene aires de marcha y llega efectivamente hasta «La marcha triunfal», en que Schulman confronta trazos plásticos y vibraciones rítmicas similares entre los dos poetas. Schulman establece un paralelismo entre el ensayo de Martí «Centenario de Calderón» y «La marcha triunfal» de Darío, para llegar a asombrosas coincidencias⁶. Nadie niega la importancia cada vez más grande de José Martí dentro de las letras y dentro del pensamiento hispanoamericano. Lo que aún se discute es su papel de iniciador como «padre» y como poeta torremarfileño a la altura del «emperador de la belleza», como llamó a Darío otro chileno, ferviente dariísta, Carlos D. Hamilton, quien, dicho sea de paso, sin quitarle méritos a Martí, habla de un *Nuevo lenguaje poético*, según el título de su libro, y sugiere un subtítulo que podría ser materia de otra polémica: *De Silva a Neruda*⁷. También a Silva se le considera el iniciador con *De sobremesa* de la novela modernista. Al parecer habrá mucho que discutir y definir. Hamilton sugiere también el uso de una nueva terminología al designar a los primeros modernistas, incluyendo a Darío, como proto-modernistas, para dividir el modernismo en dos generaciones dentro de las cuales la presencia de Darío se hará indispensable. Pero Raúl Silva Castro insiste en defender el liderato de Darío. Lo mismo (otro chileno en la palestra) Arturo Torres Rioseco. En «Reflexiones en torno a la de-

⁶ *Ibid.*, págs. 252-253.

⁷ CARLOS D. HAMILTON: *Nuevo lenguaje poético: de Silva a Neruda*. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá, 1965, pág. 33.

finición del modernismo», Raúl Silva Castro refuta la tesis de Schulman en cuanto a la fecha iniciadora del modernismo y en cuanto a los elementos definidores de la nueva estética hallados en *Azul* por la crítica. No cesa Silva Castro en la idea de que Darío fue y sigue siendo cabeza del modernismo y se apoya en la abundante crítica que lo consagra como al líder máximo de la literatura modernista. La entronización de Darío, dice Silva Castro, responde a «la opinión concorde de unos doscientos o trescientos críticos literarios, especialmente de lengua española». Ni siquiera Juan Ramón Jiménez, si su pensamiento fuera diferente, lograría convencer a Silva Castro, pues siendo tan respetable carece, según él, de autoridad como historiador de las letras.

En lo que si parece estar impreciso Silva Castro es en deslindar del concepto modernista lo social de Rubén Darío, que arranca de *Cantos de vida y esperanza*, y que a juicio de Pedro Salinas⁸ recoge las diferentes experiencias vitales y culturales del poeta: lo hispánico y lo indoamericano. Trata de coincidir Silva Castro con Schulman en que el modernismo aún no está definido. Ni será posible por ahora, cuando los críticos martianos se han puesto en guardia, para dar la batalla literaria en favor de su líder, conquistando esa gloria para las letras cubanas de ser el iniciador del modernismo. Hay el temor de que los críticos dariístas se apoyen en otro argumento en cuanto a fechas, y así lo sugieren los chilenos Carlos Hamilton y Torres Rioseco haciendo coincidir la fecha martiana 1882 con la fecha en que el poeta nicaragüense, en El Salvador, a los dieciséis años, escribe el poema «La poesía castellana»⁹, en que Darío anticipa en la estrofa final su meta purificadora de la poesía. En esa fecha, Darío intuyó lo que más tarde se convirtió en su teoría estética. «La renovación del vocabulario poético —dice Torres Rioseco— aparece en composiciones de 1882, como “Serenata”, donde hallamos palabras como sándalo, loto, escarlata, búcaro, hastchís, kasida, galconda, reseda. Estos vocabularios entran de lleno al modernismo no sólo en el estilo de Darío, sino en el de todos los otros escritores de la escuela»¹⁰. Tampoco desconoce Torres Rioseco la «sospechosa cercanía» que en 1884 tienen los versos de Darío con los de Martí.

⁸ PEDRO SALINAS: *Poesía de Rubén Darío*. Editorial Losada. Buenos Aires, 1948, pág. 215.

⁹ HAMILTON, *op. cit.*, pág. 40.

¹⁰ ARTURO TORRES RIOSECO: «Nueva evaluación del modernismo» en *La Torre*, núms. 55-56. Universidad de Puerto Rico, 1967, pág. 122.

Sea, pues, que Martí ocupe con honor el puesto de iniciador, Darío será el introductor del modernismo y, sobre todo, esto lo dice Torres Rioseco: «Es hora de considerarle no como el primer modernista, sino como el primer poeta clásico de nuestro continente»¹¹.

RAMIRO LAGOS
Universidad de North Carolina.
Greensboro (EE. UU.)

¹¹ *Ibíd.*, pág. 131.